

alianzas y mediaciones; hasta el egoísmo tomaba parte en estas luchas, y el fuerte decidía acerca del modo cómo debía de entenderse el equilibrio; las paces no las dictaba el vencedor, sino que se hacían de acuerdo con muchos Estados; y ninguno podía hacer una adquisición y entrar en su dominio tranquilamente, si no era antes aprobada por todos ó por la mayor parte; los pueblos fueron divididos, numerados y cambiados como rebaños de ovejas, sin tener en cuenta los afectos, los deseos ni la nacionalidad. Cuando el único lazo que unía unos pueblos á otros era el derecho hereditario de los príncipes, los pueblos no pasaban de la categoría de cosas y propiedades de la casa real; las reglas del derecho de gentes fueron sucesivamente invocadas y quebrantadas por interés propio; acción tanto más reprobable cuanto que se ejecutaba en nombre de ellas; pero después, cuando los filósofos, con mayor fuerza, predicaban la soberanía del pueblo, los ministros se repartían en plena paz un país: ejemplo inaudito de violación, que tantas otras debía producir.

Consecuencias inevitables; y si no sobrevinieron inmediatamente, fué porque la opinión lo impidió. Porque el arte se unió á la ciencia de tal modo, que reparó los males sociales, sostuvo la actividad del espíritu hasta bajo el peso del yugo, evitó las guerras, las exacciones escandalosas y las regias prodigalidades; dulcificó las costumbres, multiplicó los placeres y las relaciones entre las clases separadas un tiempo; y á la aristocracia de nacimiento opuso una aristocracia de ingenio, que luchó contra los abusos del poder y la insolencia de los grandes, y creó la opinión pacífica. Esta, cuyo poder iba en aumento, y la razón, que se emancipaba por instantes, impidieron que en el derecho público é internacional fuese la fuerza la única dominadora.

La teoría del equilibrio sofocaba los votos y los intereses de los pueblos, que hasta en el interior permanecían al arbitrio de sus dueños. De aquí la escasez de las manifestaciones populares, y que sólo de las cortes dependiese todo. También los esfuerzos encaminados al bienestar material debilitaban la libertad de las naciones y de los individuos bajo pretexto de mejorarlos; en atención á que los medios de obtener esta mejora no eran conocidos, y

tales se creían á menudo los absurdos económicos de consecuencias tan inmediatas para los pueblos. Teníanse las rentas por única riqueza, y se creía rico al Estado que exportaba más mercancías que las que recibía. Hubiérase, pues, dicho que había llegado al colmo de la prosperidad el Estado que no comprase nada; es decir, se hubiera aniquilado el comercio si por una feliz inconsecuencia no se hubiese convenido en violar aquellas prohibiciones.

Entre el trabajo y el trabajador se interponía el fisco, y para elevarlo y robustecerlo los gobiernos intentaron fomentar el comercio y la industria; después, fijos siempre en su propósito, redujeron la ciencia rentística á examinar, no lo que conforme á derecho puede exigirse á un vasallo para bien del Estado, sino de cuanto puede privarsele sin reducirle á la miseria. Arte supremo fué, pues, el elevar las rentas; pero aunque los pueblos daban más, no eran más ricos. Las rentas eran absorbidas por el fausto de las cortes, de los ejércitos y de la administración cada vez más complicada: tanto, que no tardó en ser una necesidad la introducción del papel-moneda y el crédito público, remedio oportuno, pero que en mano de los déspotas dió desastrosos resultados y expuso el valor de los bienes y de sus rentas á caprichosas vacilaciones. Como sucede en las épocas de transición, á los antiguos males se unían los nuevos. Los soldados adquirían el predominio que los eclesiásticos ejercían primeramente, si bien éstos influían todavía en los asuntos políticos, no pocas veces con la astucia del hombre que ha perdido la fuerza. Las persecuciones religiosas se disminuían aparentemente, pero no desaparecían las animosidades ni había conformidad en las cuestiones teológicas. Las clases elevadas perdían en orgullo, pero ganaban en indiferencia y frivolidad. Las nuevas producciones de América y las ya generalizadas de la India, las mejoras introducidas en la agricultura y en la industria, y el lujo que se desarrollaba aumentaron los placeres de la multitud, pero asimismo atizaron las pasiones, especialmente en las poblaciones grandes; los pobres en contacto con los ricos contrajeron sus vicios, y para sostenerlos se envilecieron.

Tal es el estado de Europa que se llama progreso.

CAPÍTULO II

FRANCIA.—LUIS XIII Y RICHELIEU.

Maria de Médicis.—A la muerte de Enrique IV, acaecida tan oportunamente para sus enemigos exteriores que se tuvo por obra de ellos, mostrósela Maria de Médicis tan afligida como pudo. La espada del duque de Epernon hizo que se la proclamara regente. Su hijo Luis XIII apenas había cumplido nueve años, y la reina pudo destruir todo lo que había preparado su esposo. Enrique había mirado con ojos recelosos el favor que ella otorgaba al florentino Concino Concini, y Maria hizo que es casara con Leonor Galigay, su hermana de leche é íntima confidenta. Fué Enrique enemigo formidable para España, y Maria ofreció la paz á esta potencia, celebrando las dobles bodas del joven rey con la hija de Felipe III, y de su hermana con el príncipe de Asturias; Enrique otorgó toda su confianza á Sully, y Maria le forzó, por decirlo así, á retirarse. El leal ministro vivió apartado de los negocios hasta 1641, consagrando sus ocios á escribir sus memorias.

Hallándose agitada la Francia en lo interior por el partido feudal y la facción protestante, opuestos ambos á la centralización parisiense y á la monarquía, quizá la regente no veía otro apoyo para la unidad política que la unidad católica. En efecto, codiciosos de dominación y de riqueza los príncipes de la sangre renovaron los disturbios que había reprimido Enrique IV, empeñándose en intrigas sin elevación ninguna, y hasta careciendo de la energía del delito. Acudían los principales facciosos en solicitud de recompensas, de feudos, de gobiernos, de fracciones de autoridad, deseosos de volver á trabajar en la obra consumada bajo la segunda raza, y de sustituir la herencia de los gobiernos provinciales á la de los grandes feudos (1).

Pero su ardor brutal por enriquecerse les impidió llegar á la grandeza política; y Maria, mujer tan mediana de espíritu como de corazón, los acogió con la sonrisa en los labios, cuando tenía hiel en el alma, y satisfizo sus exigencias. Apaciguólos prodigándoles para el *bien público* enormes sumas.

La asamblea de los Estados reclamada por los descontentos, es decir, por los ambiciosos, y reunida pocos días después de la mayoría del rey (octubre de 1614), gastó el tiempo en bellos discursos, en cumplimientos y en discusiones insustanciales. Embarazó toda medida útil, la rivalidad entre las tres órdenes habilmente fomentada por Concini. Habiendo dicho á la nobleza reunida en cámara el lugar-teniente civil á la cabeza de una diputación del tercer Estado: *Tratadnos como vuestros segundones y os honraremos y amaremos*; al día siguiente el señor de Senecey, presidente de la nobleza, fué á quejarse al rey con estas palabras: «Señor, el tercer Estado que ocupa el lugar postrero, olvidando todos sus deberes se quiere comparar á nosotros. Vergüenza me causa decirnos en qué términos nos han ultrajado: compara vuestro Estado á una familia compuesta de tres hermanos; dice que el orden eclesiástico es el primogénito, el nuestro el que le sigue, y que después va el de ellos. En miserable condición hemos caído si así sucede. ¿Y que, tantos servicios prestados

sobre los señores de provincia en estas palabras: *Voyez aux provinces éloignées de la Cour, nommons Bretagne par exemple, le train, les sujets, les officiers, les occupations, le service et cérémonies d'un seigneur retiré et casanier, nourri entre ses vasaux, et voyez aussi le vol de son imagination, il n'est rien de plus royal; il entend parler de son maître une fois l'an, comme du roi de Perse, et ne le reconnoit que par quelques vieux cousinages que son secrétaire tient en registre.*

(1) Montaigne indica lo débil que era la autoridad regia

desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades como se han transmitido hereditariamente a la nobleza, la habrán rebajado, lejos de sublimarla, hasta el punto de hallarse con el vulgo en la más íntima especie de sociedad que existe entre los hombres, cual es la de la fraternidad? Pronunciad, señor, el fallo, y por una declaración esencialmente justa hacédla entrar en sus deberes y reconocer lo que somos y la diferencia que hay entre nosotros y ellos.» (2)

Véanse hasta dónde subía el orgullo de la nobleza. A esto siguieron discursos, escritos, un diluvio de palabras, sin que el pueblo ganara otra cosa que pagar a los diputados. Después se separaron los Estados para no reunirse hasta 1789, y con ideas bien distintas (3).

Se confirmó a la reina madre la administración del Estado: bien hubiese querido ser despota, pero no sabía reinar sola. Tan constante en sus afectos como implacable en sus venganzas, se puso completamente a discreción de Concini. Este extranjero compró la mariscalía de Ancre en Picardía y se hizo conferir muchos gobiernos; sostuvo poderosamente a María en la lucha contra los príncipes de la sangre y los grandes feudatarios, le indicó que no pudiendo hacer la guerra a Austria, convenía tenerla por amiga; que no pudiendo destruir a los protestantes, era preciso debilitarlos; que no pudiendo deshacerse de los grandes, era preciso halagarlos, y el consejo privado que celebraba de noche con la reina, hacía mucho más que el consejo de Estado. De consiguiente se encontró blanco del odio de todos, representado como un ambicioso de baja estofa, ascendido a mariscal sin haber empuñado las armas, ministro sin conocer las leyes del reino, y había disipado los cuarenta millones allegados por Enrique IV. Pero los nobles no podían tolerar a un hombre tan hábil, que, hijo de sus obras y elevado por su mérito, no por su nobleza, jamás se había batido en duelo. Les ofendía hallar cerradas las puertas de la cámara, que estaban siempre abiertas para la Galigay, por lo que se unieron a los protestantes; liga absurda del feudalismo con la Reforma. Su intento era apoderarse de Luis XIII, que a la sazón había ido a casarse con Ana de Austria, viéndose obligado a

(2) Del *Proceso verbal de la nobleza en los Estados de 1614*, p. 113.

(3) En el *Tratado de la nobleza*, de Thierouet, impreso en 1606, se hace mención de la ley que imponía a los plebeyos la obligación de asistir a las escuelas durante un quinquenio para obtener el grado en derecho civil y canónico, al paso que sólo se exigía un trienio a los nobles; de lo que se aduce estas razones: *Soit que le droit nous ait estimés plus aptes à comprendre les sciences que les ignobles, parce que la chasse nous étant permise, nous mangeons plus de perdrix et autres chairs délicates qu'eux, ce qui nous rend un sens et une intelligence plus deliés que ceux qui se nourrissent de bœuf et de porcean*. Paris, 47, n.º 40.

llevarla a París al frente de su ejército, y por medio del fuego de los arcabuces de los rebeldes.

En vez de batallar contra ellos, Concini fué de opinión de que se tratara con el príncipe de Condé, su caudillo (1615); de que se les distribuyeran gobiernos, pensiones, recompensas, haciendo que declarase el rey que por el bien público habían empuñado las armas. Envalentonado Condé por la victoria, ajeno a la grande ambición, se dirigió a la corte con el proyecto de eclipsar, y aun quizá de destronar al rey; pero fué preso. Este golpe de autoridad prendió fuego a la mina. Descontentos los príncipes, empuñaron las armas, otro tanto hizo la regente, y Concini ofreció mantener a su costa siete mil soldados. Convertido en señor y soberano, escogió un nuevo ministerio, en que entró el obispo de Luzón, Armando Juan de Plessis, que bajo el nombre de Richelieu, debía hacerse más tarde famoso, prosiguiendo una tarea bajo la cual sucumbió Concini.

María de Médicis y su favorito habían colocado cerca del rey a un joven page avinonés, llamado Alberto de Luynes, con la esperanza de hacerle instrumento favorable a la influencia de ellos, pero él pensaba en sí solo. Habiéndose granjeado el favor de Luis XIII con halagar su prolongada infancia, le comunicaba los pasquines que aparecían contra la reina madre, le inspiraba pérfidas sospechas, y el temor de que rodeada de hechiceros y de envenenadores italianos, pensara en administrarle mortal breva. Por último, le sugirió la idea de desembarazarse del mariscal de Ancre y de mostrarse realmente soberano.

Luis prestó oído a sus consejos. Concini fué asesinado, y su cadáver arrastrado ignominiosamente en las calles por el pueblo. Vitry, su asesino, recibió en recompensa el bastón de mariscal, como lo había recibido Themines por haber arrestado al príncipe de Condé (4). Los despojos de Concini, a quien se hallaron encima unos dos millones en billetes, y en su casa otro tanto en dinero, fueron entregados a Luynes, que figuró como soberano de Francia, donde el triunfo de la aristocracia sobre el pueblo y sobre el monarca escitaba una ciega alegría. Intentóse un proceso todavía más vil que absurdo contra la mariscal de Ancre, acusada de haber llamado a Francia a los judíos, a magos y astrólogos; de haber hecho talismanes, símbolos y hechicerías; de haber empleado para medicamentos sangre de pichon y de gallo; de haber mandado que exorcizaran a la reina frailes italianos, y de haberla avasallado con ayuda de filtros. «El filtro, respondió ella, es el ascendiente que todo espíritu superior adquiere sobre un espíritu débil;» y sostuvo con dignidad estas inculpaciones ridículas, a que siguió una muerte ignominiosa.

(4) El duque de Bouillon renunció su bastón de mariscal de Francia, indignado de que se ganase esta dignidad en el oficio de esbirro y de asesino.

La reina madre fué confinada al castillo de Blois, y Richelieu a Aviñon, donde escribió sobre teología. Luynes tomó a pechos abatir el elemento hugonote y el elemento municipal, como hizo respecto del partido feudal Concini; pero muy pronto se ocupó con preferencia en enriquecerse. así como en enriquecer a sus hermanos por medio de empleos, de pensiones, de matrimonios. Se le creó duque y par, y nada se hizo sin su consentimiento, lo cual produjo nuevas desavenencias; María recuperó su libertad, y estuvo a punto de estallar la guerra civil. Luynes, que ignoraba lo que pesaba una espada, fué nombrado condestable; pero se vió obligado a recurrir a Richelieu, que restableció la paz y persuadió a María de Médicis a retirarse aguardando tiempos mejores.

Aspiró Luynes a crearse un apoyo restituyendo la libertad al príncipe de Condé, quien permaneció fiel al rey desde entonces; pero este acto y la insolencia del favorito suscitaron disensiones. María de Médicis que las fomentaba, se vió obligada a ceder a la fuerza de las armas; muchos señores vieron confiscados sus bienes, y se prometió el capelo de cardenal a Richelieu que había sabido hacerse necesario.

Menos fácil fué apaciguar las guerras que habían hecho renacer motivos religiosos en apariencia y políticos en el fondo. Desde el advenimiento de los Valois al trono, veían las provincias con disgusto reconcentrarse en París toda la vida política; y el triunfo de los mendigos en Holanda les impulsaba a imitar su ejemplo, con la idea de que tendiendo una mano a estos, y otra a los de Ginebra, sería posible desmembrar la monarquía y formar una república federativa con sus numerosos concejos. Ya los hugonotes, a quienes el edicto de Nantes daba una especie de soberanía, celebraban sus asambleas, unas veces en Montalban, otras en Castres y en la Rochela; asistían a ellas los diputados de todas las iglesias, los miembros del consistorio y los ancianos; y a menudo intervenían en sus deliberaciones enviados secretos del rey de Inglaterra, de Ginebra, de la Holanda y de los príncipes de Alemania.

En un principio querían imitar la amplia municipalidad de Ginebra, y después elevarse a la forma social de la Holanda, esto es, constituir una república religiosa organizándose por círculos. Cada círculo hubiera tenido una asamblea provincial encargada de gobernar y de escoger los diputados para un consejo general. El duque de Rohan, yerno de Sully, debía representar aquí el mismo papel que el príncipe de Orange en Holanda. No se trataba, pues, solamente en las asambleas de religión y de cosas de conciencia, sino de política, de feudos, de libertad municipal, soñando siempre con la desmembración de Francia. Además, se mezclaban los hugonotes entre las facciones de la corte: el duque de Bouillon, y más todavía el duque de Rohan estaban en acecho para aprovecharse de la primera ocasión favorable. Los reformados

del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra, los del Mediodía con España. Pero acostumbrados los caudillos a la vida de la corte ó empezando a ser viejos, se sentían poco dispuestos a volver a la vida del campamento, lo cual hacía que esta facción languidciera. El pueblo en Francia no estaba amoldado a las ideas republicanas: había sido educada en la fidelidad al rey la nobleza, habiendo heredado este sentimiento con la sangre y el blason de sus padres, porque hasta cuando tomaban las armas contra el soberano, era bajo pretexto de librarle de supuestas trabas a su autoridad. Por consiguiente, el espíritu monárquico del país venció al cabo.

Sin embargo, cuando ordenó el rey la reunión del Bearn (1620) a la corona, y la restitución a los católicos de los bienes ocupados por los protestantes, se insurreccionaron éstos, y a pesar de las amonestaciones de Sully y de Mornay, convocaron una asamblea en la Rochela, donde organizaron su independencia.

Fué menester combatirlos, y se confió a Luynes el mando de las tropas; pero el mal éxito de la campaña agravó la fiebre que le llevó al sepulcro. Los subsidios del clero y el valor de Condé repararon las primeras derrotas. De aquí resultó que el tratado de Nantes fué confirmado en Montpellier, donde se estipuló, no obstante, que todas las fortificaciones de los hugonotes fueran demolidas, a escepción de la Rochela y de Montalban.

Otra vez en favor la reina madre a la muerte de Luynes, hizo llamar a Richelieu al consejo, que apartó de su seno a cuantos pudieran servirle de estorbo (5). No tardando en mostrarse superior a los demás ministros, dió a los negocios nuevo impulso, porque era el único que tenía una idea clara de la monarquía y de la necesidad de sustraer con ella la unidad francesa a las mezquinas ambiciones con que su integridad estaba amenazada. Luis no le amaba y decía a su madre: «No me habléis de ese hombre; es un ambicioso que se tragaria mi reino.» Pero su ambición no era ciertamente la de Luynes, ni la de Concini, de cuyo ejemplo supo sacar provecho.

De aspecto severo, noble continente, palabra clara y sin melindre, limpio y grave estilo, hábil en los grandes proyectos como en las pequeñas intrigas, con rápida concepción, espíritu resuelto y sin faltar nunca a las contemplaciones debidas, Richelieu amaba la verdadera gloria sin desdenar los triunfos del amor propio; avasallaba todas las voluntades a la suya, sin exceptuar la del rey, aceptando el peligro de los odios que escitaba con

(5) Las *Memorias del cardenal de Richelieu*, que comprenden desde 1611 hasta 1638 (colección de Petitot, segunda serie, t. XXVII, 1823), han derramado mucha luz sobre aquel tiempo. Vanamente han rebatido su autenticidad algunos, como rebatió Voltaire el *Testamento político*.